

Reconocernos para conquistar el futuro

Por ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ

En Cuba existe un consenso general acerca de la necesidad de renovar el modelo socio-económico-político-jurídico que constituye el marco regulador de la vida nacional –quizá solo unos pocos no sean capaces de aceptar este desafío. Esto demanda reconstruir la cultura debida y las garantías necesarias para promover el desempeño de la ciudadanía, así como la reinención de los mecanismos estatales y de gobierno para que respondan cada vez más a la realización de la soberanía popular. Ello es importante, porque la reforma del modelo debe emanar de la voluntad general; no deberá ser el resultado de diseños efectuados únicamente por sectores, grupos u oligarquías particulares. Todo esto exige, a su vez, una gran apertura para que cada cubano, cada grupo, cada sector y cada propuesta, cada agenda, cada proyecto, puedan expresarse e interactuar con la sociedad, así como influir sobre las decisiones del poder. Pero no solo exige esto, sino también una enorme disposición para interactuar entre todos, dialogar, llegar a consensos, definir objetivos comunes e institucionalizar las posibilidades para concretarlos. Sin embargo, será difícil recorrer este camino si cada uno, cada parte, no es capaz de reconocer la legitimidad del otro, de las otras partes. Solo reconociéndonos mutuamente dicha legitimidad podremos comenzar a transitar la senda, difícil -sin duda-, para cimentar la Cuba que nos propuso José Martí y que muchos cubanos soñamos, la cual tiene como síntesis una frase: “con todos y para el bien de todos”.

La legitimidad de cada cubano -de cada parte social, política e ideológica-, debe sostenerse sobre tres pilares fundamentales. Primero: el derecho de cada persona a pensar, a opinar, a proponer y a gestionar la cosa pública. Segundo: la responsabilidad de que dichos criterios, proyectos y quehaceres estén –de manera suficiente- encaminados hacia el bienestar general. Tercero: todo esto debe ser del conocimiento de la sociedad y tiene que ser aceptado –de alguna manera- por un número representativo de ciudadanos.

Si tenemos en cuenta el argumento anterior podemos llegar a la conclusión de que ha de ser muy débil la capacidad que tenemos los cubanos para desarrollar nuestra legitimidad. No disfrutamos de las garantías necesarias para gestionar el bien común y en amplios segmentos de la sociedad carecemos de la cultura cívica imprescindible para hacerlo. En el transcurso de nuestra historia –sin que sea una excepción este último periodo, sino todo lo contrario- todas las partes políticas e ideológicas han cometido –y aún cometen- errores (u horrores) que afectan a la sociedad toda o a una buena parte de ella. Se hace imposible que las opiniones y propuestas, que no emanen de la dirección del Partido Comunista de Cuba (PCC), puedan interactuar con el pueblo y ser, de alguna manera, consideradas por este.

En tal sentido, pienso que en nuestro caso lo más importante ahora, además de estar dispuestos a reconocer la legitimidad de los otros, es que cada cubano, cada parte, trabaje para desarrollar su legitimidad y para garantizar que los

demás puedan hacer lo mismo. En ese desempeño la ciudadanía debe desarrollar la cultura cívica, ejercer los derechos –porque son inalienables por naturaleza-, desempeñarlos con suma responsabilidad y en beneficio del bien de todos (de toda la nación, de cada parte política e ideológica, viva en la Isla o en la diáspora), así como solicitar intensamente la posibilidad de interactuar con la sociedad y someterse a escrutinio de la misma.

Por su parte, el Estado, como institución pública que debe proteger el desempeño político de todo el universo nacional –no como PCC, que resulta solo una fuerza ideológica particular-, posee una responsabilidad muy grande. Tiene el deber de asegurar de manera creciente el disfrute de los llamados derechos civiles y políticos, permitir a la ciudadanía participar de la gestión de la cosa pública y del control de las instituciones del sistema, así como garantizar que todos los criterios y proyectos puedan interactuar con el pueblo y ser estimados por este.

Si el Estado cubano, que se ha quedado atrás en cuanto a su capacidad para percibir los múltiples imaginarios que en las últimas décadas vienen emanando de la sociedad, no asume el reto del darles el espacio requerido, encauzar la armonía entre todos ellos, e institucionalizar las posibilidades de materializar sus anhelos, será muy difícil modernizar el modelo sociopolítico. Y, por otro lado, se acelerará un proceso de deslegitimación y descomposición del sistema actual. Ambas calamidades colocarán al país ante una situación caótica, muy peligrosa, que puede comprometer el destino de nuestras vidas y la de nuestros hijos.

Para evitar un gran desastre, mayor a las penas que hoy nos agobian, hemos de emprender un camino similar al aquí esbozado. Para lograrlo, podemos comenzar por aportar todos (cada ciudadano cubano de la Isla y de la diáspora, cada militante y dirigente del PCC, así como cada activista socio-político que critica el proyecto oficial y/o hace propuestas diferentes) un desempeño político responsable, incluso refinado, que procure el bienestar de todos, sin excluir a los adversarios. Solo así podríamos comenzar a consolidar un escenario de confianza política, deshacer ese binomio nocivo de “patriotas y traidores” que atraviesa nuestra historia, y reconocernos mutuamente la legitimidad necesaria, para –juntos- sacar al país de la crisis en que se encuentra y del riesgo que lo amenaza.

¿Seremos los ciudadanos cubanos capaces de transitar por esta senda? ¿Estará el PCC en la capacidad de asumir este reto y facilitar su consecución? De no realizarse las dos anteriores variables, ¿habrá en el seno de nuestra nación, o surgirá, alguna otra fuerza capaz de desterrar el conflicto y prefigurar el futuro para ayudar al país y colocarlo en condiciones de normalidad? Todo esto está por ver. Y para lograrlo, intento encontrar entre todos el mejor camino y procuro hermanar a los cubanos: piensen como piensen, vivan donde vivan.